



Viernes Santo 2011

El Viernes Santo toda la Iglesia hace memoria de la pasión, la muerte y la sepultura de Jesús. Hacemos memoria de la pasión glorificada por la Resurrección. Miramos con amor al Crucificado y lo adoramos como el Señor, que ha convertido el más cruel instrumento de suplicio en el nuevo árbol de la vida y del conocimiento del bien y del mal. El Hijo de Dios crucificado como Mesías Rey nos ha entregado su Espíritu de Hijo y ha hecho brotar para nosotros de su corazón traspasado el agua purificadora del bautismo y la sangre redentora de la eucaristía. El agua, la sangre y el Espíritu del Hijo de Dios nos hacen participar de la Vida divina entregada en la Cruz para el perdón de los pecados y la plena reconciliación con el Padre. Por ello, adoramos hoy la Cruz, confesando: “Cristo, por nosotros, se ha hecho obediente hasta la muerte y muerte de Cruz”. El que tenía poder para entregar libremente la vida y poder para recuperarla, nos ha introducido en su corazón abierto, donde reside la vida de Dios y reina sólo el amor del Padre. El que ha sido elevado sobre la cruz, nos ha atraído hacia Él para hacernos partícipes de su gloria y poder, así, contemplar su pasión como la hora de la glorificación, tal como nos lo ha enseñado el Evangelio de Juan. En efecto, Juan, presenta la pasión y muerte de Jesús como la hora del juicio del mundo y de la glorificación del Hijo por el Padre: *“Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre... Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto”* (Jn 12, 23-24). *“Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”* (Jn 12, 31-32).

La profecía de Isaías habla de un servidor de Dios que sufre por los pecados de los otros. «Fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes». De este modo nos obtuvo la salvación: «Sobre él descargó el castigo que nos sana y con sus cicatrices nos hemos curado». En la pasión de Jesús reconocemos el pleno cumplimiento de esta profecía y confesamos agradecidos, con palabras de san Pablo: ***“Me amó y se entregó a la muerte por mí”***.

El fragmento de la Carta a los Hebreos nos hace comprender que la pasión de Jesús es el más perfecto de los sacrificios y es causa de salvación eterna para todos los que creen en Él.

El Evangelio de Juan nos muestra que la pasión de Jesús es ya, en sí misma y desde el principio, la hora de su glorificación, no solo por ser camino a la gloria de la resurrección posterior. Y esta comprensión de la pasión la refleja en numerosos detalles de la narración.

También en el Evangelio de Juan Jesús es abofeteado (18,22), flagelado (19,1), coronado de espinas (19,2), crucificado (19,18) y muere en la cruz (19,30). Esta muerte



parece demostrar que sus enemigos tenían razón al decir que Dios no quería saber nada de él, que Jesús era un blasfemo (19,7) y que su obra había fracasado. Pero él mismo dice al final de su camino, inmediatamente antes de su muerte: “Está cumplido” (19,30). Su obra no ha fracasado, sino que él la ha llevado a término tal como Dios Padre se la había confiado.

Algunas otras escenas muestran que Jesús determina lo que sucede y actúa desde la más estrecha vinculación con su Padre. Jesús protege a sus discípulos y se entrega por sí mismo a quienes quieren arrestarlo (18, 4-12), para poner de relieve lo que él mismo había expresado en la oración sacerdotal: “*No he perdido a ninguno de los me diste*” (Jn 18, 9). También lo que a él le sucede después de su muerte corresponde a la Escritura, a la voluntad de Dios: “*no le rompieron las piernas. Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza y, al punto, salió sangre y agua... Esto sucedió para que se cumpliese la Escritura, que dice: No le quebrarán ningún hueso. La Escritura dice también en otro pasaje: Mirarán al que atravesaron*” (19,32-37)..

En su arresto, Jesús no es simplemente cogido por sorpresa y encadenado. Plenamente consciente de lo que sucede, va al encuentro de aquellos que son guiados por Judas y los pregunta “*¿a quien buscáis?*”. Con la majestuosa expresión “yo soy” se identifica por dos veces como aquel a quien buscan (18,5.8). Mientras orienta toda la atención de ellos hacia su persona, la desvía de sus propios discípulos: “*Si me buscáis a mí, dejad que estos se vayan*” (18,8). Se puede decir que Jesús toma las riendas de su arresto y se preocupa de que se lleve a cabo tal como él quiere que se haga. Los discípulos no deben verse implicados; todavía no están a la altura de las circunstancias e irían a la ruina por su causa. Ya en la Última Cena había dicho Jesús a Pedro: “*Donde yo voy, tú no puedes seguirme por ahora; me seguirás más tarde*” (13,36; cf. 21,18-19). Incluso cuando sus enemigos proceden contra él con violencia, Jesús no quiere ser defendido, sino que sigue en todo momento la voluntad de su Padre (18,11; cf. 18,36). Desde el principio se hace patente que el camino de la Pasión, lejos de ser un camino impuesto a Jesús por los hombres, él lo ve como tarea que le ha sido asignada por el Padre.

Juan describe de la manera más detallada posible el encuentro de Jesús con Pilato (18,28-19,16a), en el que Jesús convence al representante del emperador romano de la propia inocencia (18,38; 19,4.6.12). Jesús recuerda a Pilato el deber que tiene un juez de hacerse un juicio personal sólido y fundado, sin aceptar sin más las valoraciones de los demás (18,34). Le dice que su propio reino consiste en dar testimonio de la verdad y que no entra en concurrencia con los poderes terrenos (18,36-37; cf. 18,11). Aclara a Pilato que está subordinado a un poder más elevado (19,11). Pilato se muestra abierto a las palabras y al comportamiento de Jesús y cada vez se siente más impresionado por él. Pero la preocupación por su propio destino personal prevalece sobre el temor ante Jesús, cuando los adversarios ponen sus sentimientos hacia Jesús en contraposición con su lealtad al emperador: “*¿Si dejas a éste en libertad, no eres amigo del César!*” (19,12). Pilato se acobarda y entrega a Jesús para que fuera crucificado, pero no sin haber obligado a los adversarios a esta confesión: “*Nosotros no tenemos otro rey que el César*” (19,15). Pilato actúa contra su convicción respecto a la inocencia de Jesús; **los**



judíos niegan que Dios sea su rey. El primero actúa arrastrado por el miedo; los otros por su voluntad de acabar con Jesús. Ni uno ni otros se atienen al justo proceder. Sobre el trasfondo de este comportamiento de los hombres resalta el actuar de Jesús: sin dejarse coaccionar por nadie, se mantiene firme con toda claridad a su deber, que es cumplir la voluntad del Padre.

La siguiente y última acción de Jesús atañe a su madre y al discípulo amado. Ya sobre la cruz, Jesús está a punto de morir. Encontrándose los dos junto a la cruz, Jesús les dirige estas palabras: “Mujer, ahí tienes a tu hijo” y “Ahí tienes a tu madre” (19,26-27). De ninguno de los dos menciona el evangelista su nombre, sino que los designa siempre como “la madre de Jesús” y “el discípulo al que amaba”, es decir, según la relación que mantienen con Jesús. Lo que les caracteriza es esta particular, aunque diversa, relación con Jesús. Entre todos los seres humanos, ellos son los más cercanos a Jesús: ella por la relación fundamental “madre-hijo”; él por la relación del discipulado, fundamentada en la llamada y el amor de Jesús y vivida en el seguimiento. El amor por su madre y el amor por su discípulo, junto con el conocimiento de la voluntad del Padre (cf. 19,28), hacen que Jesús vincule a ambos entre sí. Jesús declara también que la relación entre él y su madre debe ser el modelo de la mutua relación: ellos deben permanecer unidos entre sí como madre e hijo. Cuando termina la comunión terrena de estas dos personas con Jesús, tiene lugar la última acción de Jesús, que es la de establecer la comunión entre ellas. Pero el fundamento de esa comunión será siempre su relación con Jesús, la palabra de Jesús y el amor de éste por los suyos (13,1).

Hasta el momento de su muerte, Jesús actúa según la voluntad del Padre. También su muerte es una acción propiamente suya. Cuando ha cumplido todo, él inclina la cabeza y entrega el espíritu (19,30).

Su costado abierto da testimonio de su muerte, en la que se manifiesta del modo más patente posible el amor ilimitado de Jesús (15,13) y del Padre (3,16) por los hombres. Quien eleva su mirada hacia Jesús tiene la vida por medio de él (3,14-15). Según los criterios humanos, Jesús, que ha muerto sobre la cruz, ha tenido un final violento e ignominioso. En realidad ha cumplido la misión que Dios le había encomendado y ha llevado a término su obra. La contemplación de esta obra ha permitido al evangelista formular el siguiente resumen de fe, que hoy nosotros hacemos confesión propia: Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su propio Hijo, para que los que creen en Él tengan vida eterna” .